

Capítulo 25 - Luces pálidas

- [Capítulo 25 - Luces pálidas](#)

Capítulo 25 - Luces pálidas

La cena fue sombría y severa.

Tras el sangriento precio del día, ninguno tenía ánimo para charlar; Angharad, con discreción, pidió a Song que permaneciera cerca de Zenzele, por si acaso perdía la paciencia y volvía a atacar. Felis había estado actuando con tanta grosería que nadie protestó por la pelea, pero si el Malani se viera arrastrado a otra disputa, sospechaba que la empatía disminuiría. Isabel, que se encontraba a su lado mientras devoraban sus platos de cerdo salado, galletas y guisantes, se acercó.

“Solo hay un vencedor en el equipo del Lord Ishaan,” susurró. “Y parece que hay algunas recriminaciones por los resultados.”

Angharad comprendió que tenía razón. La Lady Ferranda y Acanthe Phos discutían, aunque en voz baja, mientras Ishaan Nair intentaba mediar para calmar los ánimos. Los demás solo observaban.

“Tenemos nuestros propios problemas,” finalmente afirmó Angharad. “Mejor dejarlos a su suerte.”

Ella fue la única líder que retornó con un cadáver además de los vencedores, lo cual la hacía extraordinariamente inapropiada para la caza, aunque tuviera esa intención. La cual no era su caso.

“No son tan graves,” dijo Isabel. “El Lord Zenzele está de duelo, como debe ser, pero ¿quién te ha hablado de partir?”

Hasta ahora, nadie. Pero no llevaban mucho tiempo de regreso; eso se vería con el tiempo. Era exhaustivo tener que pensar en todo eso. La vida era mucho más sencilla cuando solo era una duelista en el circuito, y su control sobre Llanw Hall parecía algo lejano, una idea que su padre todavía le tenía que preparar con décadas de anticipación. Su madre había sido dama y capitana, por lo que la autoridad estaba en su sangre, pero ella no creía que eso le saliera de forma natural. ¿Habría siempre tomado el mando si hubiera sido tan agotador para ella como lo era para Angharad? Tenía sus dudas.

Una mirada fija en ella, pero al volver la vista, Remund conversaba con Cozme. Extraño.

Tras la comida, se quedaron un poco más en la mesa, enviándole miradas expectantes, pero Angharad no tenía un plan brillante para sorprenderlos. Les indicó que descansaran y se prepararan, recibiendo solo asentimientos en respuesta, y cada uno se fue por su lado. Sin embargo, Cozme Aflor la buscó después de que los demás se hubieran retirado. Al principio, conversó de manera trivial, pero no paraba de jalarse la barba y apenas miraba a Angharad. Finalmente, reveló la razón por la que se acercó.

“El Lord Zenzele no está tan herido como para no poder venir mañana,” afirmó. “El médico de la Guardia dijo que las heridas en su espalda no requerían sutura, solo una limpieza exhaustiva.”

“La carne no fue lo que más se lastimó hoy,” respondió Angharad.

El anciano se alisó el bigote, que se encontraba en perfectas condiciones.

“Siento mucho lo del Lord Zenzele, de verdad,” dijo Cozme Aflor. “Pero su duelo no puede hacerle abandonar la tripulación en todo menos en nombre.”

“Es un vencedor,” precisó Angharad.

“También lo es la Lady Isabel,” replicó el anciano, “y si uno permanece, el otro también lo hará. Entonces, ¿qué nos queda?”

Poco, ella tuvo que admitir. Ella misma, Song, Yaretzi, Cozme y Remund. Serían la tripulación más pequeña, aunque no necesariamente la más débil, pero la preocupación del Maestro Cozme era otra cosa. Una tripulación de cinco aseguraría que Remund Cerdan tuviera que enfrentarse a una prueba, algo que su protector evitaba al mantener el número de miembros alto — incluso si eso significaba volver a llevar a Zenzele Duma al laberinto. En esa conversación, la lealtad y el deber hacia la Casa Cerdan eran evidentes. Angharad se esforzó en recordarlo para no enfadarse.

“No estoy segura de qué es lo que deseas de mí, Maestro Cozme,” finalmente dijo ella.

“Él te respeta, Lady Angharad,” respondió él. “Tú sostuviste el carguero más tiempo que cualquiera y casi salvaste su vida al final. Si pides que continúe con nosotros mañana, quizás te escuche.”

Por un instante casi sintió ganas de golpearlo. ¿Qué le había dado Cozme Aflor en esas pruebas para haber ganado el derecho a pedirle que atravesara el dolor de un hombre para exigir beneficios para otro? Solo que Cozme no pedía para sí mismo, y eso le permitió tragar la ira. No era egoísmo lo que impulsaba la petición, sino deber.

“¿No quiero que nuestra tripulación se divida,” dijo Angharad con firmeza.

Un acuerdo tácito. Ella también podía ver cómo la tentación de que los vencedores permanecieran atrás podía ser el principio del fin para su grupo. Para el resto, la tentación crecería de buscar refugio con Lord Ishaan en lugar de quedarse en un barco que se hundía.

“No hago promesas,” dijo Angharad.

“Y yo tampoco pediría una,” apuró a decir el Maestro Cozme.

Pareció aliviado. Quizá tuviera motivos para estarlo. Con la intuición vaga de que ella hacía el trabajo sucio de otro, Angharad se apartó del hombre y fue en busca de Zenzele. El Malani estaba solo, sentado en su ‘habitación’ con la cortina abierta, porque aunque Song estaba cerca vigilándolo, no había ido a hablar con él. A simple vista, Zenzele Duma parecía bien. Llevaba

vendas enrolladas en el torso, pero su espalda estaba recta y parecía no experimentar mucho malestar. Su cabello era demasiado corto para poder estar despeinado y hasta su sombrero —bordeado, asegurado con alfileres y decorado con plumas, como mandaba la moda en Malan— estaba colocado en ángulo, con una actitud orgullosa.

Lo que delataba era su mirada.

Enrojecida y desolada, como si una herida lo hubiera rodeado en dos fosas de desesperanza. Los pasos de Angharad casi se detuvieron, porque ¿qué podría decirle a un hombre con ojos así?, pero se obligó a seguir adelante. La mirada que él le lanzó al pasar cuando se detuvo frente a él fue de indiferencia.

“¿Puedo sentarme?” preguntó Angharad.

Zenzele hizo un gesto en silencio. Ella se acostó sobre la piedra, recargándose contra la partición que separaba su establo convertido en habitación y lo que ella sospechaba era la de Inyoni. Dos veces estuvo a punto de hablar, pero mordió las palabras. Sentían falsas, vacías. Como las que hubiera querido gritar en los días inmediatamente posteriores a la masacre de su familia. Fue él quien rompió el silencio.

“Nos dijiste,” dijo Zenzele, “que eres la última de tu linaje.”

“Salvo por mi tío en la Guardia,” aceptó en voz baja Angharad.

Pero eso ya no significaba nada. El tío Osian había renunciado a cualquier reclamación sobre Llanw Hall al convertirse en un guardabosques negro, igual que ella. Ya no quedaba nada que presionar en ese sentido: La Casa Tredegar había sido borrada de las listas de nobleza. La tierra pasaría a ser propiedad de la Alta Reina, quien se la cedería a otra familia según su voluntad.

“¿Cómo sucedió?”

Sus dedos apretaron los puños.

“Entraron en la noche,” dijo ella. “Con acero y pólvora, antes de que prendieran fuego a nuestro mismo salón.”

Sus primos solo eran unos niños, pero a veces ella esperaba que hubieran sido degollados. Mejor la espada que estar encerrados en sus habitaciones, quemándose vivos como muchos sirvientes. Nunca en la vida olvidaría el sonido de aquellos gritos en el viento.

“Y tú huyiste,” dijo Zenzele.

“Mi padre tenía un barco fluvial escondido,” susurró Angharad. “Murió distrayéndolos el tiempo suficiente para que pudiera alcanzarlo.”

¿Había sabido su padre lo que la aguardaba en ese oscuro río, remando sola por una senda de tinta? A veces pensaba que sí, que quizás lo había sabido. Él había sido un hombre sabio, aferrado

a las viejas tradiciones. Sin comprender su mente, el Malani exhaló profundamente.

"Mi madre tiene otros cuatro hijos," dijo de repente. "Yo soy el tercer hijo, lo que significa que debo casarme por conveniencia."

El mismo destino al que se había dirigido el tío Osian para evitar la Guardia. Se consideraba imprudente que la segunda hija de una familia se casara fuera de ella, pero cualquier hijo más allá de ese número estaba destinado a la mercado matrimonial. Lo más probable era que Angharad se hubiera casado con una tercera hija antes de cumplir veinte, pactando en el contrato matrimonial que un hijo de esa familia reemplazara a su hija en el momento en que ella decidiera concebir un heredero para la Casa Tredegar.

"Mi madre nunca se preocupó realmente más allá de asegurar que yo fuera una buena candidata," confesó Zenzele. "Solía pensar que la había decepcionado, pero al mirar atrás, simplemente nunca me vio como un Duma. Nací para casarme con alguien de fuera."

Sacudió la cabeza.

"Algunas veces pienso que ni siquiera se dio cuenta cuando me fui a estudiar al isikole," dijo. "Fue la tía Inyoni quien me despidió, quien montó conmigo en la carreta."

Se quedó callado.

"¿Es allí donde conociste a Ayanda?" preguntó, empujándolo a continuar.

Un espasmo de dolor. Mejor que esa herida sea abierta ahora, para que lo que yace en su interior no se pudra.

"Debajo del techo rojo no hay títulos," citó. "Durante cuatro años, no importaba que ella no fuera de noble cuna, solo que fuera hermosa, divertida y extremadamente inteligente. Sentí que era un sueño, que ella incluso quería estar conmigo."

"Y luego llegaron los cuatro años," dijo Angharad.

"Y en Malan, nada más importa," dijo Zenzele con amargura. "Ni siquiera había quitado mi capa de viaje cuando mi madre me anunció que estaba comprometido."

Hizo una mueca de dolor.

"Arafa Sandile," dijo. "Solo dos años mayor que yo. Dicen que era bonita. Pero incluso si hubiera parecido una foca, me habrían prometido a ella, porque las minas de plata de los Sandile son más preciosas para mi madre que cualquier otra joven podría imaginar."

Incluso Angharad había oído hablar de la Casa Sandile. En el sur de Malan, eran sinónimo de lujo, la línea principal alguna vez celebró un festín en un barco que atravesaba el campo transportado por elefantes importados del Imperio Someshwar. Había sido tema de conversación en las Islas durante años. No es de extrañar que Zenzele huyera tras romper su compromiso: los Sandile tenían

bolsillos profundos para sumergirlo en una mar de maestros de espadas tras una ofensa a su honor. Zenzele se rió.

"Eso es más o menos la expresión que hizo la tía Inyoni cuando le dije que iba a escapar," dijo. "Ella dijo que no llegaría ni a diez millas, mucho menos a un puerto. Y luego agregó que no podía simplemente dejar que me mataran."

Su rostro se tensó.

"Fue más madre para mí que esa mujer que me dio a luz al mundo," declaró. "Antes y ahora. Y, ¿cómo le pagué?"

Angharad reconocía aquella rabia en los ojos del hombre, la ansia de golpear algo alimentada aún más por la sensación de que no había nada a su alrededor digno de ser golpeado. La primera vez que un asesino intentó acabar con ella, fue más un alivio que un temor. Finalmente, pudo herir a alguien por lo que le habían hecho, alguien que merecía su odio.

"Dios dormido, pero cuando partimos parecía una aventura," dijo con rabia. "Aterradora, estábamos dejando todo atrás, pero yo estaba con Ayanda y la única familia que quería reclamar. Las amigas de Tía Inyoni en la Guardia estaban interesadas en nuestros contratos, lo suficiente para recomendarnos, y todo lo que necesitábamos era ganar algunas pruebas y estaríamos por siempre fuera del alcance de cualquiera."

Su mandíbula se apretó.

"Pensé que podía conseguirlo todo," dijo Zenzele. "En cambio, los maté a ambos."

Angharad pudo haberle dicho que no era su culpa, que ambos muertos habían tomado decisiones y él no había decidido por ellos, pero sabía que no significaría nada. No le había importado cuando escuchó las mismas verdades, pues sonaban a lugares comunes.

"Cuando se dispara un tiro," dijo ella, "¿quién es el culpable: la bala, la pólvora, la chispa que produjo la chispada?"

Sus ojos se movieron hacia ella.

"Culpa al dedo que apretó el gatillo, Zenzele Duma," dijo Angharad. "No huí por capricho, fue obligado a hacerlo."

Casarse por el bien de la familia era un deber, pero que te trataran como ganado por el jefe de la casa — sin ser consultados durante las negociaciones, sin conocer ni siquiera al otro partido antes del compromiso — claramente era una injusticia. Un niño noble tenía responsabilidades con su linaje, pero esa casa también tenía obligaciones con ellos; y la Duma había fallado a Zenzele antes que él a ellos. No hacía que la huida fuera admirable, pero tampoco le permitía a Angharad despreciar al hombre por ello.

"¿Entonces debo buscar venganza contra ellos, es eso?" resopló el Malani. "¿Convertirme en un parricida, quizás acabar con la Casa Sandile?"

Angharad Tredegar no se rió, ni siquiera movió una sonrisa. Aquí no había broma alguna.

"Un día," dijo en voz suave, "descubriré quién fue el que asesinó a mi familia, quién acabó con mi linaje."

El nombre de aquel hombre, dueño de todo su dolor.

"Y cuando lo haga, Zenzele," prosiguió, "los mataré a todos. A cada uno de ellos."

Sus dedos apretaron, mordiendo la palma de su mano.

"No importa cuán lejos huyan, cuán altos se levanten, cuántos ejércitos se interpongan entre ellos y mi espada. Arrastraré sus almas gritando hasta las cenizas de Llanw Hall, y dejaré que esos lamentos resonarán a través del maldito Círculo Perpetuo hasta mi pueblo."

Que sean las primeras palabras que sus padres escuchen al renacer, que esos gritos salgan a toda fuerza de sus pulmones mientras sus almas se limpian y la venganza regresa a Vesper, lista para otra vida.

"Esto," dijo con una calma absoluta, "lo he jurado. Y viviré el tiempo suficiente para cumplir esa promesa, pase lo que pase en este pozo de horrores."

Zenzele la observó, quieto como una estatua.

"Entonces eso es," dijo. "Una promesa."

Ella parpadeó, sorprendida.

"Veo conexiones," admitió Zenzele Duma en susurro. "Entre cosas, personas, conceptos. Estás ligada a Isabel Ruesta y a Song Ren, pero hay una cuerda más profunda y más vibrante que ambas."

La miró a los ojos.

"Es roja," dijo. "Roja como la sangre, como la llama, como la ruina. Eso quizás sea lo que te trae."

"Ya me las trajeron," respondió suavemente Angharad Tredegar. "Simplemente devolveré ese regalo en la misma medida."

El Malani apartó la mirada como si hubiera sido quemado.

"Vivir para vengar, ¿verdad?," dijo. "De alguna forma, esperaba algo más noble de ti, Angharad."

"El fuego no es una cosa amable," susurró ella. "Pero aleja la noche, Zenzele."

El Malani permaneció en silencio durante mucho tiempo.

"No sé si tengo en mí la fuerza para vivir así," dijo. "Pero no importa."

Su mandíbula se tensó.

"No permitiré que su cuerpo quede abandonado en alguna fosa, que sus asuntos sean entregados a otro que tenga que enfrentarse a la misma prueba en los años venideros," afirmó Zenzele Duma. "Ayanda está fuera de mi alcance, pero algún día veré las cenizas de mi tía esparcidas en las costas de las Islas."

Angharad sintió una punzada de tristeza por él, convencida de que nunca recibiría ni una pizca de ceniza para Esparcir en honor a la joven a la que había amado profundamente. Nadie iba a enfrentarse a los hollows por los capturados, ni siquiera la Guardia. Incluso si los tres todavía estaban vivos y por salvarse, los capa negras no sacrificarían a sus propios para atacar el culto del Ojo Rojo en sus ocultos baluartes, sobre todo cuando podrían perder muchas más almas de las que podrían rescatar.

"Eso vale la pena para llegar al final de estas malditas pruebas, si acaso," susurró el Malani con calma. "Me niego a quedarme aquí quieto mientras sus cenizas se enfrían."

Ella nunca pidió, al final, que él permaneciese con ellos al día siguiente. Había sido un error suyo y de Cozme pensar que él era del tipo que necesitaba que lo convencieran para hacerlo. No se apartó avergonzada por esa realización, porque era bien merecida. Permanecieron juntos un rato más, sin sentir la necesidad de decir una sola palabra. Cuando la teniente Wen, con una expresión inusualmente seria, fue a buscar a Zenzele una hora después, para decirle que el cuerpo había sido lavado y la pira preparada, ella lo acompañó. Nadie más lo haría.

La pila estaba afuera, empapada en aceite, y el cuerpo ya descansaba sobre ella. Angharad se quedó a su lado mientras él se recompuso, luchando por mantener el rostro impassible, y finalmente tomó la antorcha que le ofrecía la teniente.

"Es costumbre hablar," tartamudeó Zenzele, "pero no tengo palabras que ofrecerte, tía. Hasta una disculpa se sentiría vacía."

Él tragó saliva.

"Quizá algún día haya ganado el derecho, pero no hoy."

Levantó la antorcha.

"Nosotros, los que permanecemos firmes, somos eternos," dijo Zenzele. "Volveré a verte, porque no hay desconocidos en el Mar Vacío."

Arrojó la antorcha y el fuego estalló. Pensó que esas palabras provenían del Redentor, pero no era una mentira para él. Todos los que no se apartaran del Sueño del Dios serían reunidos otra vez en su momento, naciendo una y otra vez hasta aprender de sus errores. Angharad observó cómo las

llamas devoraban el cadáver de Inyoni, pensando en otro fuego, y apretó los dientes. Que la eternidad espere.

Aún le quedaban cuentas pendientes en esta vida.

--

Se levantaron temprano y se reunieron para la comida, como ya era costumbre.

A Angharad le sorprendió ver que Isabel había madrugado antes que ella esta vez, y aún más al verla acompañada por Tristan. El hombre de ojos grises no había mostrado interés en unirse a ninguna tripulación, y ella no se atrevió a sugerir lo contrario tras haber traído de regreso un cadáver, pero supo que eso no significaba que quisiera estar sin compañía. Quizá, pensó Angharad, si el día resultaba bueno, debería dedicar un momento a descubrir qué era lo que hacía con los demás que permanecían atrás. No era sorprendente que esa anciana pareja lo hiciera, pero ¿Sarai? Ella tenía la fuerza suficiente para adentrarse en el laberinto.

Lo que fuera lo que ambos discutían, lo resolvieron antes de la llegada de Angharad. Tristan le regaló una sonrisa, luego se levantó de un salto.

“Debería tomar la porridge de Vanesa antes de que se enfríe,” le dijo. “Buenos días, Lady Angharad, y buena suerte en tu empresa.”

Hizo una pausa, luego inclinó la cabeza.

“Lady Isabel.”

“Maestro Tristan,” respondió Isabel con diversión.

Después de eso, se despidió bajo la mirada perpleja de Angharad. Ella se sentó junto a Isabel, después de asegurarse de que los demás estuvieran en sus mesas, haciendo de la cocina un lugar público y permitiéndole robarse un poco de su juramento a Remund.

“Sabes,” reflexionó la de cabello oscuro, “creo que ese hombre ni siquiera tiene apellido.”

“Parece demasiado bien educado para eso,” respondió ella, sorprendida.

Solo los plebeyos más pobres carecían de apellido, al menos en Peredur.

“¿Por qué más evitaría dárselo con tanto cuidado?” preguntó Isabel. “No importa, eso no lo hace menos interesante.”

¿Había tenido negocios contigo? preguntó Angharad con indiferencia.

Isabel le sonrió, la atención plena tan intensa que resultaba algo deslumbrante.

Me estaba informando sobre Beatris, dijo. Ella parece haber tenido un ataque de nervios que la dejó incapacitada para enfrentar el laberinto, así que le he enviado mi permiso para retirarse de las pruebas.

Eso es muy amable de tu parte, respondió ella, complacida con el buen trato.

La amabilidad con los sirvientes era una responsabilidad de los nacidos en la nobleza. Los demás se fueron uno a uno, la mesa quedó en silencio por un momento después de que llegó Lord Zenzele, hasta que sonrió con una sonrisa que mostraba todos sus dientes.

La ceremonia fúnebre fue anoche, dijo. Ánimo.

Nadie era tan horrible como para reírse, pero eso rompió el hielo. La conversación tranquila se reanudó y, al terminar la comida, se prepararon para partir juntos. Como el día anterior, el grupo de Tupoc había avanzado primero. Cumpliendo su acuerdo, se movieron con el grupo de Lord Ishaan. La robusta Someshwari había sido herida en los labios, una vista sorprendentemente temible en un rostro que, en otras circunstancias, parecía inofensivo, lo que le dificultaba hablar. Se mantuvieron en silencio, aunque ni Song ni Shalini les brindaron esa misericordia.

La pareja pasó la mitad del camino hasta los santuarios discutiendo sobre si el té Tianxi o el Ramayan eran superiores, mientras que la otra mitad la reservaron para estar de acuerdo en que el xocolatl de Izcalli era “demasiado desagradable para infligirlo incluso a Someshwari” y “debería haber una ley contra su exportación, quizás una votación popular al respecto”.

Es bueno ver que Shalini ha hecho una amiga, dijo Ishaan con alegría, rompiendo su silencio a medida que se acercaban a los santuarios. A veces, su sentido del humor ahuyentaba a las personas.

Me sorprende escucharlo, respondió Angharad, hablando con precisión.

Una sonrisa irónica de la Someshwari le indicó que quizás eso no había pasado desapercibido. En los santuarios, se separaron cordialmente, retomando sus caminos habituales. Los terrenos del espíritu paloma estaban extrañamente en silencio, los agujeros en el suelo todavía allí, aunque ahora parecían simples fosas, y el mismo ente no se dignó a aparecer. Se apresuraron, algo inquietos, y tomaron el mismo camino ascendente que antes. Resultaba más agotador que peligroso volver sobre sus pasos ahora que sabían que no acecharía ninguna emboscada.

Al subir de nuevo desde las piscinas hacia el túnel, preparándose para cruzar el borde hasta las escaleras del templo donde murió Inyoni, lo hicieron con la certeza de que una entidad muerta pequeños intentaría asustarlos y hacer que cayeran. Todos la ignoraron, pues, a pesar de su estruendoso tamaño, no podía dañarlos, salvo Zenzele, quien le dio una palmada en la cabeza riendo, aunque el espíritu seguía chillando. Ella sospechaba que no quedaba mucho pensamiento en su interior.

El gesto era una señal de continuar con su imprudencia, se dio cuenta Angharad cuando él no esperó a que todos estuvieran listos antes de subir los escalones hacia el templo de relojería. Murmurando una maldición, ella se apresuró, encontrándolo de pie en medio de la gran sala con el

suelo pulido y las máquinas haciendo tic-tac.

—No hay ni rastro de nada roto —dijo cuando alcanzó a ponerse a su lado—. Como si nunca hubiéramos estado aquí.

El espíritu de bronce y engranajes no se mostró esta vez, quizás desinteresado al fin, después de haber comido y sin la posibilidad de ser sometido a otra de sus pruebas.

—Aún eres un vencedor —dijo Angharad—. Eso permanece.

—También fue un vencedor —respondió Zenzele con moderación—. Esa es la parte que me resulta difícil de perdonar.

No se habían aventurado más allá del templo de relojería el día anterior, por lo que estaban pisando terreno desconocido al cruzar la sala repleta de máquinas. Había un pasillo que conducía hacia afuera, adornado con piedra de luna y serpentina, similar a aquel que los había guiado en su entrada, pero aquí las rayas de hierro y oro que decoraban las paredes no eran tan salpicadas ni caóticas. Se observaban patrones claros, que comenzaban en formas circulares y se volvían cada vez más angulares a medida que avanzaban por el pasillo. Mirarlos por mucho tiempo hacía que Angharad tuviera los ojos llorosos, por lo que apartó rápidamente la vista. La ausencia de aparición del espíritu no implicaba que su presencia no pudiera sentirse.

Al final del pasillo, unas escaleras medio destrozadas conducían hacia lo que primero creyó ser paredes, pero pronto comprendió que eran los asientos inclinados de una arena. Por eso sus botas crujían sobre la arena y la estructura era tan curva, aunque no podía verla completa, ya que continuaba alrededor del lado del templo de relojería, mezclándose con pilas de escombros y columnas sobresalientes. El lugar era un ruinoso vestigio, no un santuario, y al caminar sobre la arena descubrieron que había tres salidas posibles de la arena.

La primera era en línea recta, atravesando las puertas delanteras, una maraña de escaleras que subían y bajaban a la vez. Otra salía de una reja oxidada que descendía en espiral hacia el subsuelo, y la última partía desde la cima de los asientos más altos, a su derecha: una especie de puente que conducía a una estructura que parecía una torre amplia.

—Esa torre huele a santuario —opinó Lord Remund.

—De acuerdo —dijo Song—. ¿Y las escaleras, quizás?

—No me gusta el aspecto de esa reja —reconoció Angharad—. Mejor intentemos con las escaleras.

No tuvieron objeciones firmes, así que se dirigieron hacia ellas. Era peor de lo que pensaba a simple vista: las escaleras subían y bajaban, iban hacia la izquierda y hacia la derecha, y se cruzaban como si las hubiera pintado un loco. Subiendo unos cuantos tramos, pudo vislumbrar al final del caos una estructura que parecía una autopista con estelas elevadas encajadas entre dos grandes muros, pero las escaleras en sí mismas eran peligrosas. Estaban en ruinas, desmoronándose en ocasiones unas sobre otras, y tras que Zenzele pateara una piedra suelta por capricho, una sección entera colapsó. La Malani se disculpó, aunque sus palabras sonaron

demasiado despreocupadas para su gusto.

Angharad lo fulminó con la mirada hasta que él apartó la vista, asintiendo de forma nerviosa. Se le permitía sentir dolor, pero no poner en riesgo sus vidas por ello.

A pesar de su aversión a la elevada estructura y la torre, se dirigieron hacia la reja oxidada. Yaretzi y el Maestro Cozme la apartaron de las bisagras y luego descendieron por un estrecho pasadizo en espiral. La entrada era estrecha y se enroscaba incómodamente en la piedra, sin escalones, solo una pendiente, y debían ser cuidadosos para no resbalar. Tras al menos diez minutos descendiendo, emergieron en una cripta oscura. Tumbas rectangulares de piedra desnuda y abiertas mostraban que estaban llenas solamente de polvo, y en el otro extremo de la cámara, una pared de un tipo de piedra más oscura. Cruzaron con cautela, atentos a un ataque que nunca llegó, y entraron en un pasillo que terminaba a solo tres pies en una extraña cámara circular, iluminada por algún tipo de linterna suspendida.

Había cuatro puertas en el interior de la habitación, pero todas estaban cerradas y con rejas.

Angharad no vio cerradura ni aldaba, ni ningún otro modo de abrirlas, así que su mirada se dirigió al extraño aparato que ocupaba casi toda la sala. Parecía una rueda, pensó, aunque sin borde. Cuatro radios de latón macizo sobresalían, cada uno desde un poco por encima de su cintura hasta el suelo, mientras que el centro del mecanismo, de gran altura y anchura, era tan alto como un hombre y tan ancho como tres, y no eran hombres pequeños. El suelo del mecanismo era de latón mate, áspero y sin pulir, pero a diferencia del pasillo, no tenía polvo.

—No parece un santuario — observó Song —. No hay marcas ni símbolos, solo piedra desnuda y latón.

—Quizá se supone que empujemos los radios de la rueda — sugirió Remund Cerdan — para levantar las puertas como una tapadera.

—Podría ser — pensó Angharad —. Aunque sería un peso considerable y quizás no podamos con él.

—No, sí podremos. —

Se volvió para mirar a Yaretzi, quien pasaba junto a Isabel con un semblante sombrío.

—He visto esto antes — dijo la Izcalli —. Algunas velas de mi pueblo están cerradas del mismo modo.

—¿Sabes cómo abrirlo? — preguntó Angharad.

—Si llevo la razón — asintió Yaretzi.

La mujer de cabello oscuro se acercó al borde del vestíbulo, arrodillándose junto a la entrada de la sala de la rueda, golpeando con un nudillo el suelo de latón. Para sorpresa de Angharad, el sonido era hueco, como si no hubiera nada debajo de una capa delgada de latón. Yaretzi repitió el gesto varias veces, acercando su mano al centro del espacio entre los dos radios, donde finalmente el

sonido se volvió sólido.

—Como sospechaba — dijo la Izcalli, levantándose —. Está bloqueada por peso. Necesitaremos que varias personas se pongan sobre la plataforma para bajar la parte oculta y activar el mecanismo.

—¿Y después qué? — preguntó el Maestro Cozme.

Y allí, Yaretzi frunció el ceño.

—No estoy segura — admitió —. Nunca he visto una con más de una puerta. Debería abrirse, pero más allá no puedo decirlo.

—Suenan divertido — dijo sin cuidado Lord Zenzele —. Vamos a intentarlo.

Angharad lo miró con advertencia, pero no dijo nada más. Aunque la Malani era imprudente, la verdad simple era que activar el dispositivo era la única forma de avanzar por esa sala.

—Podría ocurrir algún peligro antes de que se abran las puertas — explicó Isabel —. Lo mejor sería prepararnos para esa eventualidad.

La noble Pereduri lo consideró bastante sensato. Se separaron en consecuencia: Isabel con ella, Cozme con Remund, y después de que Zenzele insistió en permanecer solo, Song y Yaretzi se quedaron juntos. Cuando Isabel se unió a ella en el centro del espacio, un pequeño clic resonó bajo sus pies, la superficie descendió apenas unos centímetros, y luego vieron cómo los otros se dispersaban alrededor de la rueda trepando por los radios. En el mismo instante en que Zenzele ocupó su lugar, un último clic retumbó en la habitación pequeña y sintieron que algo cambiaba bajo sus pies.

Hubo un largo silencio.

—Quizá al final debemos empujar — musitó Lord Remund.

Se acercó a colocar la mano en el radio frente a él, pero antes de que pudiera hacerlo, un estremecimiento súbito recorrió sus pies. Angharad alcanzó a vislumbrar adelante y—

—¡Prepárense! — gritó ella.

La mitad de ellos todavía estaban en el suelo cuando la rueda empezó a girar de repente. Ella atrapó a Isabel por la cintura, acercándola sin pensarlo demasiado, sin dejar de asombrarse de que, incluso en esa pesadilla de isla, el cabello de la infanzona olía a lavanda. Luego, sujetándolas con ambas manos, las mantuvo en su lugar al agarrar la parte superior del radio. Cozme lanzó juramentos furiosos al chocar contra el latón, y Zenzele soltó una carcajada jubilosa mientras se aferraba con todas sus fuerzas. Todas las lámparas, excepto la de Yaretzi, salieron volando, estrellándose contra piedra o latón.

Y la rueda continuaba girando, cada vez más rápido.

Isabel casi hubiera soltado un grito de sorpresa si no hubiera sido por la belleza de cabello oscuro que comenzaba a aferrarse espontáneamente a la palanca, ambas luchando por mantenerse en pie mientras el viento silbaba contra sus rostros y la única luz ardiente sobre ellas las azotaba con sombras.

"¡La puerta!", gritó Song. "La puerta se está abriendo."

Angharad arriesgó una mirada y vio que tenía razón: uno de los portales comenzaba a elevarse lentamente, como si lo arrastraran hacia arriba poco a poco. ¿Debían saltar en cuanto abriera lo suficiente? Pensó que sería difícil, pero nada imposible. Aguantaron otros diez respiros, la puerta se abrió lo justo para que un hombre pudiera pasar a gatas, y Angharad se levantó impulsada por la esperanza de que los demás no discutirían la necesidad de saltar, pues hablar sería difícil.

"Nosotros—"

Antes de poder completar la frase, se sintió ingrávida. O eso le pareció en aquella fracción de segundo, antes de comprender que la rueda había cambiado de dirección abruptamente. Gritando, fue lanzada contra una cortina de bronce—¡anceslos, eso le dejaría moretones!—y el golpe en la espalda de Isabel la golpeó en la cara un latido después. En medio del tumulto, escuchó otros gritos.

Dos de esos gritos cesaron de golpe.

No —pensó— levantándose con esfuerzo mientras apartaba a la infanzona, era lo que temía: Song y Yaretzi habían desaparecido, mientras que la puerta que antes estaba abierta se había cerrado de golpe. No era un mecanismo de puerta, reflexionó, sino una trampa. Una diseñada para separarnos.

"Buscadnos al otro lado", gritó Angharad. "No debemos quedarnos—"

A diferencia de la anterior, la puerta que se abrió esta vez se hizo en un suspiro, y Zenzele se lanzó en ella con una carcajada salvaje antes de que la rueda siquiera cambiara de dirección para forzar su movimiento. Esta vez estaban mejor preparados para dar la vuelta, todos permanecieron en pie salvo Remund —que Cozme sostuvo del brazo y retuvo en su lugar—. La tercera puerta se abrió, ambos fueron lanzados a través de ella, y por primera vez Angharad vislumbró qué había más allá. Una especie de pendiente rocosa. Ambos cayeron rodando.

Ahora sólo quedaban ellos dos.

"Prepárate", le dijo a Isabel. "Es mejor saltar que ser arrojados."

No había examinado detenidamente a la infanzona antes, pero ahora, al hacerlo, vio el terror impreso en su rostro. La rostro de Isabel, de tez clara, se había pálido; sus ojos estaban desorbitados y se mordía el labio con tanta intensidad que parecía a punto de sangrar.

"Por favor", dijo Isabel. "Juntas. No sé si—"

Qué impactante era esa mirada llorosa, pensó Angharad, algo aturdida. Ella solía preferir mujeres de carácter más duro, pero quizás, en ocasiones, sentir la necesidad sería algo diferente—no, ese no era el momento.

"Juntas", aceptó.

Apenas tuvieron tiempo de preparar sus corazones antes de que la cuarta puerta comenzara a abrirse. El tiempo parecía ser cada vez más corto, como si la máquina se alimentara de su propia fuerza. Angharad miró adelante en dos ocasiones para calcular el tiempo, un truco que cada vez le parecía más útil, y casi se estremeció al verse impactada contra la base de la puerta, con sus dientes frontales al tocar el suelo en su primer intento. Menos mal que no podía sentir lo que vio, pues podría pasar sin querer por el tormento de conocer en carne propia cómo se siente partirse la mitad de la boca.

Al dar el salto, con Isabel temblando en sus brazos, se lanzaron directamente hacia la oscuridad.

Cegada por el repentino cambio de luz, Angharad parpadeó incluso mientras la tierra cedía bajo sus pies — era una pendiente, como las que había visto antes, pero después de dos pasos sus botas deslizaban sobre una humedad sedosa y Isabel gritó de miedo. Tropezaron hacia adelante, con la barriga de Angharad golpeando agua poco profunda, mientras su barbilla rozaba la piedra debajo, y sintió los dedos de Isabel deslizarse entre los suyos.

“¡No!”, gritó la infanzona. “¡Angharad, tú—”

Fue interrumpida por un fuerte golpe, como si chocara contra algo. Durante un instante, Angharad creyó que la había perdido, la idea como una quemadura, pero luego escuchó a Isabel gritar mientras rebotaba en el agua. Agua distante, como si estuvieran separándose. Sin una linterna para ver, Angharad quedó ciega, pero incluso en su caída sus dedos tantearon adelante y encontraron piedra que ascendía — había habido una bifurcación justo más allá de la puerta, se dio cuenta, y estaban cayendo por diferentes lados. El corazón latiendo con temor por la infanzona, intentó apresurarse en su descenso. El agua era poco profunda, pero le ayudaba a deslizarse más rápido, con la ropa empapada y el cabello pegajoso.

Bajó por un canal lo que pareció una eternidad hasta que cayó en una poza.

Era lo suficientemente profunda como para tener que nadar hacia arriba y, al romper la superficie, vio que finalmente volvía la luz, proveniente de orbes de cristal colgados en el techo. Caminando hacia la orilla, salió a un suelo de piedra y echó un vistazo más detenido alrededor. Esto parecía ser una caverna, aunque con dos grandes estanques — ambos alimentados por pequeños canales, uno de los cuales ella había atravesado. Había media docena de aberturas en la pared del frente, ninguna de ellas tallada y todas bastante estrechas. Angharad esperó un poco más para ver si Isabel bajaba por el otro canal, pero tras unos minutos de goteo sin señal de la infanzona, con resignación se puso en marcha.

Unos cuantos vislumbres le indicaron que no había trampas, sin importar la abertura, así que eligió la más a la derecha y entró.

Las luces eran más tenues aquí, pequeños orbes de cristal ardiendo de color amarillo sucio, pero ella todavía podía ver claramente. Dos veces enfrentó bifurcaciones y tomó a la derecha; en la segunda, esto la llevó a un precipicio. El túnel terminaba abruptamente en una profunda negrura, con una pared de roca frente a ella, donde un viento ligero similar a un suspiro surgía desde abajo. Se estremeció, a punto de retroceder cuando vio un parpadeo de movimiento más adelante. No lo había notado, pero del otro lado del precipicio había una abertura en la roca con luz titilando — casi como un ojo. Vio una poza a través de ella y otro precipicio donde alguien estaba de pie. Su cabello era largo y oscuro.

“¡Isabel!”, gritó, y su eco resonó sin fin en la sima.

La silueta al otro lado no reaccionó, dándose un par de segundos más antes de desaparecer de la vista. No se podía saber con certeza si era realmente la infanzona, se recordó Angharad. Donde los espíritus dominan, los sabios no confían en sus ojos.

Regresó a los túneles, decidida a avanzar, pues era improbable que hubiera una forma de cruzar el abismo. Era todo igual: piedra desnuda iluminada por un brillo parpadeante, y después de un rato, tuvo la sensación de no saber de dónde había venido. Angharad empezó a arañar las paredes con su espada bajo los orbes, pero ya era demasiado tarde y eso solo le sirvió para no ir en círculos. Tras un tiempo, en que su ropa pasó de estar mojada a húmeda, la Pereduri finalmente halló el fin de los túneles. La visión era tan impactante que se detuvo, impaciente como era.

Era como si alguien hubiera elevado un salón completo hecho de cristales plateados y nublados.

Brillaba con una luz proveniente de algún lugar invisible, cada superficie perfectamente lisa reflejándose a sí misma como un laberinto de espejos. Angharad pensó que era de una belleza asombrosa, tanto que se distrajo de notar de inmediato las entradas. Había tres de ellas, que conducían a un vestíbulo que debía ser extenso, pues no lograba ver su final, aunque una permanecía cerrada por una sólida losa de cristal. Se acercó para observarla más de cerca, con los ojos abiertos de par en par al percibir que alguien había oscurecido el umbral de la entrada alrededor de la losa con lo que debía ser una llama abierta. Dos letras: S y Y. Yaretzi, recordó, había mantenido su linterna intacta cuando el giro cambió de dirección.

Inhaló profundamente, consolareada por saber que al menos dos de sus compañeros habían llegado hasta allí. Que solo fueran dos resultaba inquietante, pero quizás existían otras entradas en este lugar. Después de todo, había habido cuatro puertas. Como mínimo, no cabía duda de que este vestíbulo debía ser su camino, o entender cuál era su verdadera naturaleza a pesar de su belleza. Enderezó la espalda y realizó una reverencia profunda.

“Ruego la atención del venerable anciano que habita en este templo,” dijo.

El aire tembló, aunque fue una vibración más sutil que el espíritu que había encontrado en el laberinto hasta ahora. No hubo una manifestación grandiosa, ni tótems llamativos que exigieran atención. Solo rastros de luz plateada que le encaraban desde la losa de cristal, sugiriendo la forma de un rostro.

“Ratero. O. Suplicante.”

Angharad ocultó su doloroso gesto de incomodidad bajando la cabeza. Era como si las palabras estuvieran hechas del sonido del cristal fragilándose, un poco demasiado agudo y penetrante como para ser otra cosa que dagas en el oído.

“Me gustaría ser un suplicante ante tu templo, venerable anciano,” dijo Angharad. “Si pudieras indicarme los términos de tu prueba y la apuesta que en ella se juega.”

“Apuesta. Linterna.”

No le sorprendió. Esperó las condiciones.

“Ganar. Al. Alcanzar. El. Final. del. vestíbulo.”

Hubo una pausa.

“O. Quitar. Una. Vida.”

Por doloroso que resultara para sus oídos, buscó aclarar las condiciones. La recompensa sería cruzar el templo sin obstáculos para ella y cualquier compañero. Sin embargo, morir dentro del vestíbulo implicaba entregar el alma al espíritu. La naturaleza de quién podría ser víctima durante la prueba permanecía vagamente definida, solo los llamaba “oponentes”. Sospechaba, sobre todo, cuando quedó claro que quitar la vida a otro significaría que serían conducidos al final del pasillo con seguridad. Esto quiere decir que nos mantienen en su salón de espejos hasta que nos volvamos lo suficientemente desesperados como para matar a los nuestros, pensó Angharad. La Guardia no había mencionado que en ese lugar viviera nada más que espíritus voraces, por lo que la única vida que podrían arrebatarse sería la de los demás.

No tenía intención de matar a sus compañeros ni permitir que mataran a otros, pero eso aún implicaba aceptar la prueba.

“Acepto tu prueba y sus condiciones, venerable anciano, y me someto a la súplica,” dijo Angharad.

“Bien. Buena suerte.”

Atribuir una emoción al espíritu sería tan difícil como intentar descifrar la entonación de una cuchilla afilada, pero mientras hablaba, Angharad sintió de alguna manera que la estaba encomendando una burla. Y aunque solo era un destello de fría luz, no pudo quitarse la impresión de haber observado algo vivo – que temblaba, rojo y húmedo, como una garganta que traga. Una segunda mirada le reveló que solo era fatiga que desgastaba su mente, el espíritu permanecía inalterable. Ocultando su inquietud, la Pereduri se dirigió hacia la entrada de su derecha y calmó su respiración. Con la mano en su sable, dio un paso firme más allá del umbral y entró en el luciente vestíbulo.

Un latido después, una losa de cristal se abalanzó y cerró la entrada.

No habría vuelta atrás.